

El portaaviones

Un día inmundado, de esos en que uno quisiera terminar despatarrado en un sillón, los ojos cerdos y las extremidades abiertas en cruz, después de tirar el portafolios en cualquier rincón con la esperanza de perderlo de vista para siempre. En primer lugar, la lluvia, minuciosa y pérfida, colándose por el cuello de la camisa, la solapa con lamparones húmedos, oliendo a perro, y la puntería de los automóviles que aciertan infaliblemente el agua en los zapatos. La cortesía exquisita de los colectiveros era algo ya aceptado, así que no contaba; los barquinazos y el intercambio de insultos con los otros choferes, las frenadas bruscas mientras la carne aterrada busca un punto de apoyo, eran cosas que estaban incluidas en el precio; pero que un día como ese coronara una semana de pólizas sin vender, ya tenía una deliberación de jugada perfecta, era fácil reconocer una mano superior y abúlica moviendo fichas que no le concernían en absoluto. Así estaban las cosas, y yo les daba la razón: en esas condiciones, ¿a quién podría interesarle un seguro de vida? Sólo a quien tuviera, precisamente, su vida asegurada, almohadones a la vuelta y un hermoso porvenir entre palomas y niños sonrosados que respiran la estabilidad de un domingo en una plaza; y ese justo no estaba entre nosotros. Hubiera podido volver a mi casa con la famosa tranquilidad del deber cumplido, pero tenía necesidad de una compensación inmediata; la realidad no daba para un viaje de placer por el Mediterráneo y me conformé con un vaso de vino de un bar. La chica que me atendió me puso inquieto, una sonrisa demasiado amable bajo una cofia roja. ¿Debía decirle algo, o ese descaro era pura ostentación de su oficio? La indecisión duró poco. En un rincón había un hombre que, por el tipo de pelo, o por la variante de su peinado, parecía que llevaba puesto un peluquín; extraña imitación de la naturaleza al arte, esta vez sin beneficio. Masticaba un chicle, o alguna otra cosa inacabable, y jugaba brutalmente con una flamante maquinita de apuestas. Metía la moneda en la ranura y, sin pensarlo, golpeaba todas las teclas a la vez con el canto de la mano, imperturbable y sin humor; sin embargo, era una broma; otro hombre, a su lado, soltaba una carcajada sumisa a cada golpe; pero ya no tuve tiempo de conocer el desenlace, esa escena penosa, con dos imbéciles como protagonistas, me hizo extrañar la madriguera. Saludé con intención a la chica, su sonrisa se esfumó cuando vio que no dejaba propina. Desde una radio salía una canción pegajosa, «la flaca está con hambre, comprale un choripán», y preferí volver a la lluvia, ofrecía ventajas por comparación.

Las seis de la tarde y ya estaba oscureciendo; la calle ruidosa, desasosegada, no prometía un atardecer confortable; caminé un par de cuadras esquivando charcos, mal protegido por los parapetos, hasta la parada del colectivo. Pero vi un zaguán abierto, todos esos departamentos llenos de gente sensata y próspera, en armonía con la sociedad, esperando que alguien como yo terminara de darles la total seguridad que reclamaban sus vidas. Era legítimo concederme una oportunidad; me sequé la nuca con el pañuelo y cuando por fin apreté el timbre de la planta baja y oí que, en desacuerdo con todos los augurios, realmente sonaba, pensé agradecido: «Está a mi favor». Entonces se abrió la puerta y apareció Erika con un chico en los brazos.

Durante mucho tiempo, Erika había sido para mí un motivo recurrente, esa operación de la memoria que consiste en recordar, olvidar y, sobre todo, meditar sobre ambas cosas. Su nombre no tenía origen en ningún capricho literario, sino en un padre bávaro, un hombre imperturbable que paseaba por las tardes con un perro dálmata (yo nunca había visto un perro así, tan trabajado) y que, tal vez a causa de sus dificultades con el castellano, se reía cuando nadie lo esperaba. Por algunos indicios, ciertos síntomas de desgaste y una elegancia natural, se podía deducir que había tenido caballos de carrera, autos descapotables, mujeres hermosas y todo lo que confiere una amable admiración por uno mismo. Las razones de por qué había llegado a San Clemente estaban envueltas en la conjetura; se hablaba de una bancarota, lo que contribuía, paradójicamente, a su consideración, como si ese fuese un tropezón distinguido cuando pertenece al pasado. Nada de esto le impidió instalar allí una fábrica de pintura, comprar una casona próxima al río, acondicionarla en el mejor estilo, un jardín cuidado, profusión de hortensias y garaje para tres o cuatro autos, y criar una familia pálida atendida por niñeras de uniforme. Erika, a los quince años, era una flor exótica, y a los diecisiete, un castigo para todos los hombres de buena voluntad (o de mala, o de ninguna) que habitaran ese par de leguas cuadradas, entre el Paraná y una insólita avenida de dátiles que hacía las veces de entrada al pueblo. En aquel paisaje a su medida, con nubes propicias en el horizonte, Erika acumulaba noticias a su alrededor: una generación entera estuvo pendiente de sus miradas rápidas, la variedad de sus peinados y, sobre todo, del esmero impresionante que había tenido con ella la naturaleza; una subordinación admirativa que ella usaba con abuso, y que no pude dejar de recordar cuando, al final de aquel zaguán oscuro, se abrió la puerta y me recibió una mujer que ya empezaba a engordar bajo un batón floreado.

No sé quién reconoció a quién, el tiempo no suele ser piadoso; yo tampoco conservaba mi célebre arrogancia, esa mezcla de orgullo y timidez que da tan malos resultados; pero la alegría de ambos fue real, y en un instante organizamos un diálogo en código, con guiños al pasado, referencias sólo conocidas por nosotros (donde cabían domingos interminables, partidos de tenis y todo lo que no dijimos), hasta que finalmente, abreviando la alegría, me dio un largo beso en la mejilla y me hizo pasar. Atrás de esa puerta comenzaba una casa caótica y llena de chillidos, un living comedor con muebles mal dipuestos donde un muchacho de unos siete años miraba la televisión mientras había rebotar una pelota; detrás de un sillón despanzurrado, una chiquilla algo menor, que parecía horrendamente sucia aunque no lo estuviera, el pelo greñoso y los pies descalzos, lloraba por alguna pelea con su hermano. Entonces el menor, que al parecer aún no caminaba, me

miró duramente desde los brazos de su madre, arrugó todos los músculos de la cara, infló los cachetes a riesgo de estallido, y soltó un berrido atroz; una opinión desfavorable, y lo peor es que no supe dónde esconder mi ridículo portafolios. Erika me envió una sonrisa de hacerse perdonar, todavía conservaba aquella desenvoltura que la ponía por encima de cualquier situación; me señaló un sillón con la cabeza y allí quedé mientras ella se perdía por el pasillo con su tierno bulto aullante.

Nada hacía pensar en una vida despreocupada, en aquel rincón del mundo no debía llegar el sol ni a mediodía; un armatoste feo mostraba, a través del vidrio, platos apilados, algunas copas, teteras de porcelana, sobrevivientes de un pasado esplendor. Los sillones, de mal gusto, tenían toda la pinta de haber pasado por varias manos antes de instalarse en aquel lugar, y las sillas desparejas parecían resignadas al mal trato. La televisión aconsejaba el uso de un desodorante, una muchacha estilizada dio un salto infinito, la cámara lenta la llevó hasta el trapecio y desde allí cayó de pie, oliendo a rosas. El chico seguía haciendo rebotar la pelota, sumido en una falsa concentración, y la chiquita me miraba de reojo conteniendo las lágrimas; le hice un saludo amistoso, pero ella, no estando de acuerdo con mi zalamería, se escondió detrás de un mueble; el chico resolvió la cuestión tirándole un pelotazo a ciegas que, aunque no le pegó, tuvo el efecto catártico de procurar el llanto que buscaban ambos. El chico corrió por el pasillo hacia la zona oculta del departamento, desde allí llegó la voz autoritaria de Erika. Todavía intenté hacerme amigo de la chica, me acerqué a su rincón, pero ella inició una maniobra de huida, un zig-zag a toda marcha por detrás de un sillón, y se perdió bramando también por el pasillo.

Yo no necesitaba desodorantes sino un trago de algo, así que apagué el televisor; hubiera preferido una puerta de escape. Con este ánimo me dispuse a esperar frente al paisaje desolador de un campo después de la batalla. El sillón era francamente incómodo, tenía descolocado algún resorte: un vecino tocaba «Para Elisa» en total desacuerdo con Beethoven; Erika daba órdenes en voz baja, ruidos discretos para poner la casa en orden. Hubiera sido lógico que viniera abrumada por los acontecimientos, con los ojos llorosos, pero ella no estaba hecha para el drama, así que cuando apareció traía la hermosa apariencia de acudir a una cita largamente meditada, un vestido celeste con todos los pliegues en su sitio, el pelo recogido en la nuca y una sonrisa de alta competición; su brillante seguridad, con la que había dejado a tanto seductor en la cuneta.

El más conocido (aunque definirlo ahora como seductor podría parecer maligno) era Roberto. Hubo un tiempo en que actuábamos en yunta, cuando necesitábamos apoyarnos en alguien para intentar osadías con las chicas. No éramos exactamente amigos, me parecía un poco simple, con su displicencia ficticia de inglés en las colonias (una falsa idea de lo que es un inglés: a puro distanciamiento y paradojas no hubiera existido el imperio británico), pero conocíamos mal o bien el método de apartar de la bandada a la que habíamos elegido. Erika pertenecía al grupo de chicas que entendía con innata orientación el sentido de las bromas; tomaba en seguida la dirección correcta y hasta se daba maña para hacernos creer que éramos nosotros, y no ella, los que timoneábamos la situación; sabía alentar o desairar, guiada por su absoluta conveniencia, y finalmente inducía al postulante (yo también lo fui, pero no puedo jactarme) a proponerle un paseo por los